

LOS AMORÍOS DE 1790.

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO

POR

DON JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.



MADRID.

IMPRESA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1858.

PERSONAS.



El Conde de Sicilia , *Teniente general.*
Don Carlos de Sicilia , *hijo y Ayudante del Conde.*
Don Cesar , *Coronel y Ayudante del Conde.*
Don Fabian.
Antonio , *criado del Conde.*
Romeo , *ayuda de cámara de don Carlos.*
Crispulo , *criado de don Cesar.*
Un Magistrado.
Doña Cleta.
Doña Cecilia , *sobrina huérfana de doña Cleta.*
Olalla , *doncella de la casa.*
Paca , *criada.*
Varios criados de librea , unos de la casa y otros de los concurrentes.



La accion pasa en la época que el título indica en una sala de la casa de doña Cleta.



Esta Comedia es propiedad del Editor , quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

OLALLA. PACA.

Olalla. ¡Válgame Dios qué alegría
me ha dado tu vuelta, Paca!

Yo temí que para siempre
en Córdoba te quedaras.

¿Qué tal ha sido el viaje?

Paca. Sin sustos y sin desgracias;
mucho polvo, buenos soles,
y malísimas posadas.

¿Cómo está la señorita?

¿Sigue el ama tan muchacha?

Ola. El ama siempre la misma,
muy docta y muy remilgada;
con unos colores, chica...
¡tan subidos...!

Paca. (Riéndose.) ¡Vaya, vaya!
Sí, ya he visto á doña Cleta,
como quien dice, pintada.

Ola. ¡Y se ha vuelto tan sensible!
¡Con tanto vapor y bascas!

Paca. ¿Pues no ha de exhalar vapores,
mas gorda que una montaña?

Ola. No es nada de eso, Paquita;
son sensaciones del alma,
delicadeza de nervios,
y así... cosa de fantasmas.

Paca. ¡Al cabo de sus sesenta!
¿Y cómo el cuyo se llama

que nos la ha puesto tan tierna?

Ola. Don Fabian de Villaescampa;
caballero que no puede
ver una hormiga pisada;
se quiebra de puro fino;
lleva muy bien la corbata;
de París le traen las ropas;
no es decir que le dé el ama...

Paca. Te entiendo; solo le presta...

Ola. Pues, dinero en abundancia,
que él volverá cuando lleguen
algunas letras que aguarda.

Paca. Pero y de la señorita...

Ola. Chica, por Dios, ten cachaza,
que para tia y sobrina
diez lenguas necesitara.
Pues señor, iba diciendo,
que la buena de la anciana
le ha dado al jóven sensible
el magisterio de casa.
Él proyecta las libreas;
él con los colonos trata;
y por poco, hace dos meses,
nos lleva á todos á Francia.
Tiene hechizada á la tia
con sus sensibles palabras;
los ojos en la sobrina,
y en ella sus esperanzas.

Paca. ¿Y á la señorita...?

Ola. Mucho

el don Fabian la empalaga;
y aquel sentimentalismo
que no es miel, sino melaza.
Luego la tal sobrinita...

Paca. Estará ya enamorada...

Ola. Sí. Fue el caso... pero mira
que esto se escucha y se calla.

Paca. Punto en boca, por supuesto.

Ola. Pues hay ya algunas semanas
que fue doña Cecilita

á un baile.

Paca. Ya yo pensaba
que en el minué...

Ola. Muger
sino dejas meter baza.
Iba pues la señorita
de Minerva disfrazada;
y como Minerva hermosa
con su escudo y con su lanza.
Cuantos dioses por acaso
en la máscara se hallaban,
quedaron al ver la niña
con el alma traspasada.
Entre ellos estaba un Marte,
Paca mia, que hechizaba;
rosa y jazmin las mejillas;
azabache pelo y barba;
los ojos vertiendo vida;
y vida toda la cara.
¡Si vieras con qué finura
vino á rendirle la espada
á Minerva, y qué espresivo
le pidió una contradanza!
Se pusieron pues en baile;
y sea cual fuere la causa,
ó la fuerza del calor,
ó que el trage le apretaba,
en fin, doña Cecilita,
como si estuviera mala
perdió el color...

Paca. ¡Qué accidente!

Ola. Y tuvo sin mas tardanza
que sentarse junto á mí;
con que yo le traje agua,
y ya un poquito repuesta,
á Marte le dió mil gracias
por su bondad y favores;
y el dios con una mirada
le respondió tan ardiente,
que yo misma...

Paca. (*Abanicándose.*) ¡Chica, calla!

Tan al vivo me lo cuentas
que haré una calaverada.

Ola. Despues no han faltado á veces

ya regalitos, ya cartas...

y asi á la niña molestan

por un lado las estrañas

tediosas disertaciones

que doña Cleta le encaja;

por el otro don Fabian

tambien la sitia y agravia

con mil insulsos requiebros;

y en torno de su almohada

ilusivos sueños vuelan

de la noche á la mañana,

renovándole de Marte

la dulce memoria grata.

De modo que...

Paca. ¡Pobre niña!

Estará desesperada.

Pero alli viene la tia...

Ola. Sí, á predicar en la sala.

Paca. ¿No podemos ya escapar?

ESCENA II.

DICHAS. DOÑA CLETA. DON FABIAN.

Cle. ¡Qué! Ni es forma ni sustancia.

(*Don Fabian le da una silla y se sienta junto á ella.*)

Chicas, decid á Cecilia

que su tia aqui la aguarda.

ESCENA III.

DOÑA CLETA. DON FABIAN.

Cle. Perdone usted, don Fabian,

que de esta diction me valga

para esprimir mis ideas.

Fab. ¡Qué frase tan castellana!

¡Cuánto es dulce la facundia,
doña Cleta, que derraman
esos labios! ¡Cuánto hechizo...!

Cle. Señor don Fabian, mil gracias;

no es mérito personal,
sino habitud literaria.

Los que saben las pandectas
y lógica razonada,
tienen siempre para hablar...

Fab. Muy decidida ventaja;

si el talento les ayuda
y la razon, verbi-gracia.

Con que en fin, dulce Cletita,

¿está usted determinada
de Cecilia á asegurar

la virtud sobre las aras?

¡Cuánto bien de ese himeneo
brilla en la antorcha sagrada!

Ya contemplo yo á Cecilia

de beneficencia santa

divina sacerdotisa

en la afligida cabaña;

ya del soberbio magnate

corrigiendo la arrogancia;

ó ya del preclaro esposo

embelleciendo las canas.

¡Oh amable filantropía,

cuánto mi pecho te ama!

Cle. Sí, don Fabian, los colores

con que usted nos la retrata

son tan fúlgidos, tan varios,

que á mí en su fuego me inflaman.

¿Ni quién resistir pudiera

á conflagracion tamaña?

Tan convencida me encuentro,

tan flebil y apresurada

en casar á mi sobrina,

que al altar irá mañana,

hoy mismo si el conde llega.

Fab. Supongo ya estan firmadas...

Cle. Y en casa las escrituras.

Fab. ¡El Ser que los ciclos manda
de felicidad los colme!—

Ya ve usted, Cletita ingrata,
por mi sincera alegría,
cuán lejos se estraviaba
al pensar que yo á Cecilia...

Cle. No renovemos las llagas,
don Fabian, del corazon;
ni con catóptrica falsa
quiera usted...

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA CECILIA. OLALLA.

Cec. Querida tia,
me han dicho que usted me llama.

(Hace doña Cleta una seña á Cecilia para que se siente. Olalla se queda en pie junto á ella.)

Cle. *(Con afectacion.)*

Bien sabes ¡oh Cecilia! que cumplida
no era la primer hora de tu vida,
cuando adversa fortuna
al materno atahud unió tu cuna;
y tu padre tambien bajó á la tierra
con el laurel cubierto de la guerra.
Mas mi beneficencia
fue amparo á tu orfandad y á tu indigencia;
cariño maternal, amor sin tasa
siempre gozaste en casa.

Y yo, cual jardinero
que á la umbílica planta ora severo
arranca inútil hoja,
y ora con agua sus raices moja,
apliqué mi saber y mi cordura
á sofocar en tí de la natura
los groseros impulsos y pasiones

y á elevarte, Cecilia, á las regiones
del sentimiento mole y sublimado
que tanto coliseo ha despoblado.

Aprendí por tí en Newton la poesía;
en Corregio y Petrarca geometría;
física, consonantes,
y hasta los logaritmos de Cervantes
estudié en mi constancia
y los grandes geopónicos de Francia.
Mas estéril mi afán; mi estudio vano;
que tú con gusto insano,
é ingratitude, te jactas
de no entender aun ciencias abstractas.
No hablas en el teatro; escuchas ciega,
como pudiera hacerlo una pasiega;
das limosna en la calle,
y aunque ligero el talle,
estás mas encarnada
que moza de posada;
ries fuerte y sin tiento,
y careces, en fin, de sentimiento.

Cec. ¿Pero por qué, señora?

Cle. ¿Y una jóven sensible así extemporá
ni interrumpe á su tia?

Sabe, Cecilia mia,
que pues que no te agradan mis modales,
sino los naturales,
yo en mi clemencia emanciparte quiero;
este dia de yugo es el postrero;
mañana, independiente,
obrarás como estimes conveniente;
y el conde don Romualdo de Sicilia
recibirá tu mano. A Dios, Cecilia.

*(Levántase y hace una afectada reverencia á su
sobrina. Todos se levantan.)*

Cec. Una palabra siquiera,
concédame usted su oído,
que ni tan ingrata he sido;
ni serlo hácia usted pudiera.
Si los cielos me negaron

una espléndida razon,
tampoco mi corazon
con vicios emponzoñaron.

De mi estado lastimero,
de mi orfandad y amargura,
¿me sacó usted por ventura
para darme á un extranjero?

¿Cómo pude, amada tia,
agraviarla en mi ignorancia,
que aun no libre de la infancia
ya á un estraño me confia?

¿Qué dirá el conde, señora,
al verme tan ignorante?
temo que ha de ser bastante
para echarme en mala hora.

A usted quizá culpará
de mi talento menguado;
y como antiguo soldado,
Dios sabe lo que dirá.

Puede que me hable en latin,
y habrá usted de responder,
pero mi poco saber
me ha de hacer traicion al fin.

¿Y sin conocer al conde
casarse sin mas ni mas! (*Llorando.*)
No sucederá jamas.

Cle. ¿Asi á mí se me responde?

Cec. No, que ni amarle sabré,
ni él se preciará de mí;
ya ve usted, tia, que asi
nunca condesa seré.

Cle. ¿Cómo que no? ¿Y de Sicilia!
Sí señora, desde luego.

¿Vaya con la niña! ¡fuego!
¡que hace honor á la familia!

Ni pretendo en mi rigor
forzarte á que ames al conde.
¿Cuándo he dicho yo ó en dónde
que le has de tener amor?

No soy tan necia ni vana.

El casarte es ya forzoso,
pero no ames á tu esposo
sino tienes de ello gana.

Y como de sentimiento
suele el consorcio cambiar,
no es imprudente empezar
por el aborrecimiento.

El conde con su esperiencia,
cultura y sabiduría,
te entretendrá todo el dia
y te hará adquirir paciencia.

Muy distinguido guerrero
ha sido en su mocedad;
y es probable que la edad
no haya embotado su acero.

Muéstrate sensible, niña,
sé ornato de su vejez;
y obedéceme esta vez
sin que nos cueste una riña.

No esperes que en ello ceda:
reflexiona con asiento;
ó matrimonio ó convento;
resuelve y á Dios te queda. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA CECILIA. OLALLA. DON FABIAN.

Cec. ¿Por qué, cielos santos,
suerte tan impía?
¿Qué culpa es la mia?
¿Por qué estos quebrantos?

Ola. Señorita, vaya,
por Dios, no se aflija.
¡Qué vista tan fija!
¡El diablo mal haya!
¿Quién sabe si Marte
por aqui se esconde?
¿Quién sabe si al conde
con la espada ensarte?

Cec. ¡Falsas ilusiones!

¡Qué mala me siento!

(Sentándose y reclinando el brazo y cabeza sobre el espaldar de la silla.)

Deja entrar el viento *(Olalla abre una ventana.)*
y no me abandones.

Fab. ¡Cuán dulce es belleza

(Contemplando á doña Cecilia.)

si en lágrimas gime!

¡Qué aire tan sublime!

¡Cuánta gentileza!

Asi por acaso
nube de oro y grana
del sol engalana
el férvido ocaso.

Y en lluvia amorosa
tornando su vuelo,
desciende del cielo
y en las flores posa.

Mas basta, Cecilia, *(Acercándose.)*
basta de lamentos.

¡Amargos momentos
para la familia!

¡Quién pudiera dar
vado á su deseo!

¡Quién de ese himeneo
la antorcha apagar!

Cec. *(Reponiéndose con dignidad y espresion.)*

A muy gran merced
cierto lo tendria,
pero no querria
viniese de usted.

Quien con tanto esmero
injuria á una dama,
¿merece la fama
de buen caballero?

¡Qué infame bajeza!
¡Qué humildad sin par,
vivir de adular
la humana flaqueza!

¡Perseguir aquella
por dolosa vía
que amparar debria
huérfana doncella!

Cante usted victoria,
señor don Fabian;
¡cuán lejanos van
su triunfo y su gloria!

Pero no engañado
juzgue me violenta,
ni piense tormenta
lo que es solo agrado.

Criticar podrá
la edad de mi esposo,
mas... ¿quién tan odioso...? (*Con noble desprecio.*)
Fab. ¿Como yo será...?

Cec. Mas años tuviera
que caben en cuenta,
dichosa, contenta,
yo le recibiera.

Que es al fin en nombre
y en gloria eminente,
general valiente,
caballero y hombre.

Son los años flor
que brota en la infancia;
y el tiempo fragancia
le da y el honor;

Mas fétido aliento
su seno derrama
y espinosa rama
tiende al crudo viento,

Cuando en pecho insanó
y bajo y grosero
el albor primero...

Beso á usted la mano. (*Vase con Olalla.*)

ESCENA VI.

DON FABIAN.

¿Hasta cuándo sus rigores
 ostentará el hado impío?
 ¿Hasta cuándo la virtud
 cual mísero fugitivo
 buscará en las soledades
 y en la indigencia un asilo?
 ¡Pobre Cecilia! Ella piensa
 que acaso sus desvaríos
 arrancarán de mi pecho
 algun amargo suspiro.
 Pero filósofo yo,
 inspirado de alto instinto,
 en vez de temer al rayo
 su causa en paz examino.
 Ella despreció mi amor;
 y al sensible pecho mio
 asestó dura saeta
 con su desdeñar altivo.
 Y yo, que amante la adoro,
 ¿pudiera ver sus hechizos
 en las ondas fluctuando
 de un siglo tan corrompido,
 todo insensibilidad,
 todo engaños y egoismo?
 No será, no. De un esposo
 viva bajo el patrocinio;
 y pues no gusta de mí,
 jóven sensible y activo,
 del general don Romualdo
 goce los dulces cariños.
 Su tos la tenga en vigilia;
 contemple su escalofrío;
 y las gloriosas heridas
 ciña con delgado lino.
 Las rosas de sus mejillas,

de su garganta los lirios
 huelle con trémula mano
 un noble esqueleto vivo;
 y sobre el fogoso labio,
 de amor deleitable nido,
 el beso nupcial reciba
 apagado, triste y frio.

A mí injusta me desprecia;
 ni darme esperanzas quiso...
 Me es su ausencia necesaria,
 perdóneme si la aflijo.

Por causa de ella Cletita
 no viene al altar conmigo:
 á ella su herencia le deja;
 á mí de amores muy finos
 me colma y literatura
 y discursos eruditos...

Oro y plata no escasean...
 pero un generoso escrito (*Con entusiasmo.*)

cediéndome, de una vez,
 como yo se lo he pedido,
 tal cual propiedad, no hay forma,
 no quiere hacerlo, está visto;
 al menos mientras Cecilia
 no haya tomado partido.

Entonces puede que ceda;
 y el general, que es tan rico,
 no le da mala ocasion
 en favor de Fabiancito.

Si no es así, ¡suerte infausta,
 mi juventud he perdido!

(*Llaman á la puerta, y tocan la campanilla
 con mucha fuerza.*)

ESCENA VII.

DON FABIAN. OLALLA, y un LACAYO que va á abrir.

Fab. Modo militar es este.

ESCENA VIII.

DICHOS. CRÍSPULO, *disfrazado de soldado viejo*

Cris. ¿No será usted el señorito? (*A don Fabian.*)

Ola. No señor. ¿Qué se le ofrece?

Cris. Yo vengo como heraldo
del noble caballero don Romualdo,
teniente general, marqués de Uceda
y conde de Sicilia y de Cepeda,
que humilde audiencia pide á doña Clea
Gonzalez, Martin Perez de Releta,
Vargas, Ponce de Oserio, Villaderbas,
Cerpa, Hurtado, Mendoza y otras yerbas;
y el citado señor de centinela
ocupa en el portal su carretela,
sita junto á la calle,
la respuesta esperando que he de dalle.

Ola. Perdone su estantigüez
si le detengo un momento.
¿Qué pergeño! ¿qué talento!
¿Mal haya tanta vejez! (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON FABIAN. CRÍSPULO.

Cris. ¿Y quién es usted?

Fab. ¿Acaso
mi figura le interesa?

Cris. Muy poco; pero no es esa
respuesta que viene al caso.

Si aqui tiene usted que hacer
está bien, pero sino...

¿Me dejo ya comprender?

Fab. Bien infiero de aqui yo, (*Retirándose.*)
Cecilia, lo que va á ser. (*Vase.*)

ESCENA X.

CRÍSPULO. OLALLA.

Ola. Que se sirva su escelencia
pasar adelante.

Cris. Bien.

(Da media vuelta á la izquierda, y parte.)

ESCENA XI.

OLALLA.

Y el embajador tambien
tiene cara de eminencia.

Pobre señorita mia,

¡en qué manos has parado! *(Llorando.)*

¿quién lo hubiera imaginado
cuando con Marte reía?

ESCENA XII.

CRÍSPULO. DON CESAR. *Tres criados de librea, uno con el baston, y el último con el sombrero de don Cesar, que se presenta disfrazado de general anciano.*

OLALLA.

Cris. Ya estamos en esta sala.

Ola. Luego sale mi señora.

¡Jesus qué facha tan mala! *(Vase.)*

ESCENA XIII.

TODOS, *menos* OLALLA.

Ces. Silencio, Crispulo, ahora.

(Con mucha viveza y soltura.)

Y tú, bárbaro, ¿el sombrero

(Al criado, que lo lleva muy separado del cuerpo.)

piensas que te morderá?
 Alguien se arrepentirá
 siguiendo tan majadero.

ESCENA XIV.

DOÑA CLETA *acompañada de DON FABIAN, precedida por OLALLA y PACA, y seguida de LACAYOS. Recibe DON CESAR al verla su sombrero y baston. Se cubre, se adelanta afectadamente, se quita el sombrero, y le hace á doña Cleta tres profundas reverencias, á que ella responde con cumplida ceremonia. Toma doña Cleta asiento, y hace señas á don Cesar para que ocupe un sillón.*

Ces. Ilustrísima señora, (*Afectando mucha edad.*)
 beso humilde vuestros pies;
 feliz, mas que todas, es
 las de mi vida esta hora.

Cle. Señor, muy bien venido (*Con afectacion.*)
 sea vuesencia á mi casa crisolada.
 Mucho gozo he sufrido
 al recibir firmada
 de vuesencia una letra consumada,
 En que me manifiesta
 en prefacio lacónico, prolijo,
 que del templo de Vesta
 su propósito fijo
 es elegir consorte... y... quizás hijo.

Y que cual fuerte arista
 que no consume ardor caliginoso,
 tiene puesta la vista
 en el talle donoso
 de Cecilia, y desea ser su esposo.

Yo, que personalmente
 la semblanza ignoraba de vuesencia
 muy omnímodamente,
 es decir, su presencia,
 una carta escribí de reticencia...

Ces. ¡Pues señor, está loca! (*Aparte.*)

Cle. Al caballero coronel su hermano,
y en perífrasis poca,
le hablaba de lá mano
pedida por vuesencia en mustio arcano.

Y como suelta cabra
que en breñífero monte altivo y breve
la nutricion se labra.

Ces. ¡Que Satanás me lleve (*Aparte.*)
si te entiendo siquiera una palabra!

Cle. Y luego baja al campo;
asi de la respuesta peregrina
esperé el vivo lampo
que hoy mi pecho ilumina.

Ces. Asi ya podré ver á su sobrina...
(*Moviéndose, para levantarse.*)

Cle. A la familia toda
(sin lisonjas ni mórbidas ficciones)
charma esta alegre boda;
¿cómo sus peticiones
rehusar pudiera yo ni sus razones?

Ces. Es decir que al intento... (*Levantándose.*)

Cle. Perdome, señor conde, mi tibieza.
Concédame un momento;
ella vendrá á esta pieza;
llamad luego á Cecilia.

Ces. ¡Qué cabeza! (*Aparte.*)

Me pesa que la hora
es fuerza apresurar del himenco,
pues debo sin demora
salir por el correo
para urgentes negocios de mi empleo.

Cle. Pero antes yo querria
esplanar su carácter insolvente.

Ces. Si es como el de su tia
le juzgo ya excelente.

Cle. Conde, usted me confunde, ciertamente.
Es aun de edad impube;
de bello corazon y entendimiento;
cual flamígera nube
que vuela por el viento;

aunque no muy escelsa de talento.

Ces. ¡El cielo sea loado (*Aparte.*)
 si sensible no es, ni es erudita!

ESCENA XV.

DICHOS. DOÑA CECILIA *modesta y pesarosa.* *Le hace el general una profunda cortesía, á que contesta y toma asiento.*

Cle. Aquí á tus pies postrado,
 mi amada Cecilita,
 el conde te saluda y felicita.

Fab. ¡Cuánta dicha mi amor y preeminencia
 (*Aparte á doña Clea.*)

en gozar de esos labios la elocuencia!

Ces. Angélica beldad, cuya luz pura
 en delicias inunda el alma mia,
 lucero precursor de fausto día,
 nuncio feliz de celestial ventura;

Asi viertan los cielos sin mesura
 en tu seno la paz y la alegría;
 asi del tiempo la segur impía
 respete tu virtud y tu hermosura.

Descorre de la frente el ceño injusto
 que oscurece su brillo luminoso,
 y no mi edad te imprima acerbo susto;

Que si aceptas mi afecto cariñoso,
 jóven me hará el amor de anciano adusto,
 y amante seré tuyo al par que esposo.

Cle. ¡Ay qué estrofa tan graciosa!

Tiene síncope divina.

Respóndele bien, sobrina;
 vamos, pronto, cualquier cosa.

Cec. Yo no sé, noble señor,
 mi ignorancia perdonad,
 decir mas que la verdad
 sin ornato ni color.

Pobre huérfana, infelice
 soy, señor; y no tan bella

que merezca ser estrella,
como su escelencia dice.

Humilde quiso fortuna
que fuese, y triste mi suerte;
y el pabellon de la muerte
arboró sobre mi cuna.

Tampoco en mi pecho late
el ingenio peregrino,
ni el entusiasmo divino
que inflama la voz del vate.

Hija de escondida fuente,
sigo ledo curso ignoto,
y ni me enriquece el noto,
ni apaga el sol mi corriente.

No quiera, pues, su escelencia
de mis flores arrancarme,
ni súbito así elevarme
á peligrosa eminencia.

Cle. ¿Has perdido la razon? (*Al oido á Cecilia.*)

¿Cómo se entiende, Cecilia?

Señor conde de Sicilia,
téngala usted compasion.

La reticencia es merced;
porque una jóven sujeta...

Mira, niña...

Ces. Doña Cleta,
en paz déjemela usted.

Permítaseme buscar (*Aparte á doña Cleta.*)

para vencerla un rodeo;

y tomar la plaza creo

como antiguo militar.

Fab. No, Cecilia, desairado...

Ces. ¡Caballero! (*A don Fabian.*)

Cle. Es un amigo.

Ces. Pues no se ande usted conmigo
le aconsejo descuidado.

Cle. Sobrinita...

Ces. Doña Cleta,

(*Neutraliza con señas á doña Cleta la aspereza
de sus palabras.*)

silencio pido otra vez.
 Cuidado que mi vejez
 no es tan débil ni completa.

Tampoco yo, señorita,
 soy hombre de erudicion;
 la justa y sana razon
 es mi ciencia favorita.

Escita mi desagrado
 ver la opresion inclemente;
 siempre libre y francamente
 me esplico, como soldado.

Aunque de avanzada edad
 me precio de amante fino,
 y no carezco de tino
 para encontrar la verdad.

Sé que en mi frente rugosa,
 y en mi blanca cabellera,
 sus amores no pusiera,
 ni su embeleso, una hermosa.

Sé que es risible delirio
 el cráneo insepulto ornar,
 y en su cavidad plantar
 el flexible y tierno lirio.

Mi amor, aunque verdadero,
 no se nutre en la violencia;
 y es mayor que su influencia
 el deber de caballero.

Cuando digo que en ardor,
 que en fuego mi alma se abrasa,
 ni por la mente me pasa
 hacerme yo su opresor.

Si cual se deja entender
 es mi adoracion tardía,
 en vano me esforzaría
 en quererla convencer.

Dígame usted francamente
 si otro ya se adelantó,
 y en ese caso, haré yo
 lo que fuere conveniente.

Que no cuadra con mis años,

ni mi carácter tampoco,
lanzarse por amor loco
en un piélago de engaños.

Y no haya persona osada
á oprimirla; ó le daré
si es señora... no sé qué...
mas si es hombre, una estocada.

(*Mirando á don Fabian.*)

Ola. ¡Qué general tan honrado! (*Ap.*)

Cle. ¡Qué aguda diplomacia! (*Ap.*)

Cec. En su voz cierta armonía... (*Ap.*)

Fab. ¡Y es hombre desesperado! (*Ap.*)

Cec. Señor, perdonad si he sido
tal vez por demas sincera...

Cris. ¡Qué mona! ¡qué zalamera! (*Ap.*)

Ces. Altamente agradecido
me confieso.

Fab. Singular (*Ap. con sospecha.*)

me parece su escelencia.

No fuera mala ocurrencia...

pero conviene observar.

Cle. Si el general deseara

(*Queriendo cortar la conversacion.*)

que narcótico beleño

dulce y apacible sueño

por sus venas derramara...

Ces. Lo primero es, doña Cleta,

saber en lo que quedamos.

Haya cachaza y oigamos.

Cecilia, confesion neta.

Cec. Señor, mi agradecimiento

(*Inclinándose al general.*)

espresse el copioso llanto;

y en premio os dé el cielo santo

no interrumpido contento.

Mostrais nobleza en el alma,
virtud pura, acrisolada...

Ces. Pues de mí está enamorada, (*Aparte.*)

vuelva al corazon la calma.

Que no esperaba, confieso,

felicidad tan cumplida.

Descanse usted, pues, mi vida,
mi amor, mi dulce embeleso.

Ya no habrá quien de afligilla
goce el inicuo placer.

Las nupcias hoy han de ser
á las dos en la capilla.

Cec. Pero señor, qué capricho... (*Con sorpresa.*)
os hace... considerad...

Ces. Lo preciso preparad. (*A doña Cleta.*)

Cecilia, lo dicho, dicho. (*A doña Cecilia.*)

A los pies de usted, hermosa:
¡cuán amable! ¡qué candor!
¿puedo esperar el honor...?

(*Ofreciendo el brazo á doña Cleta.*)

Cle. Es muy trífida y donosa. (*Tomando el brazo.*)

ESCENA XVI.

DOÑA CECILIA. OLALLA. *Despues* PACA.

Cec. ¡Ay de quien nació infelice!
¡cuánta amargura y desdicha!

Paca. Perdone usted si entro así
sin avisar, señorita.

Un page que disfrazado
se conoce que venia,
de darme acaba un billete.

Leed: A doña Cecilia.

Cec. ¿Y quién era?

Paca. No lo sé,
pues con una cortesía
desapareció al instante.

Ola. Albricias, señora, albricias,
que ha de ser ese papel
fuente de nuestra alegría.

Cec. Mucho temo que no sea
mi fortuna tan propicia.

Ola. Pero abrámosle, señora.

Cec. Ni una dama debería

recibir tales billetes.

Ola. Señorita, por mi vida
no de escrúpulos sutiles
quiera usted hacerse víctima.

Cec. No es decoroso que yo...

Ola. Déme usted: ¡qué fruslería!

(*Tomando el papel.*)

Veamos si algo nos dice. (*Abriéndole.*)

¡Ay qué letra tan bonita!

Cec. Hermosísima Minerva: (*Leyendo.*)

El Dios que tuvo la dicha
de contemplar tu deidad
y de oír tu voz divina,
no hace mucho en los jardines,
guarda incesante vigilia
en torno de tu belleza,
y no habrá mano atrevida,
ni la de Júpiter mismo,
que el dulce amor de su diva
logre audaz arrebatarle.

Cuando esta carta recibas
ya tú le habrás conocido;
si así no fuere, advertida
vive siempre y confiada
que en tanto que Marte exista,
nunca oprimirá el destino
á su Minerva querida.

Tu fiel idólatra — Marte.

Ola. ¡Viva Marte, señorita!

¿Y qué dice usted ahora?

Cec. ¡Ilusiones peregrinas!
¡fuegos fátuos que seducen,
halagan y descaminan!
¡débil rayo de esperanza
para alumbrar mi ruina!

Ola. No señora, que es antorcha,
y fuego y fanal de vida;
rayo de cierta esperanza,
y de la ventura guía.

Cec. El cielo escucharte quiera.

Ola. De él nos viene la justicia,
y me escuchará sin duda.
¡Prudencia, y que Marte viva!
Cec. ¡Cuánta confusion! ¡qué estado!
y el general...

Ola. Aturdida
estoy de ver su conducta.
Tan pronto que él no sería (*Remedándolo.*)
su opresor de usted; tan pronto
que hoy mismo espera la dicha
de unir en estrecho lazo
á la muerte con la vida,
al invierno y primavera...
y sin embargo... su vista...
su acento... aquellas miradas...
me parece, señorita,
que no falta al buen anciano...

Cec. También yo estoy sorprendida,
y mas jóven me parece
de lo que dijo mi tia.

Paca. Aquí está.

Cec. ¡Cielos! (*Queriéndose ir.*)

Ola. ¿Qué haceis? (*Deteniéndola.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. DON CESAR, con fuego y soltura.

Ces. No, beldad pura y divina,
me querais asi esquivar;
dejadme absorto adorar
esa boca peregrina,
ese hechicero mirar.

Que ¡por Dios! no he de perder
aunque lo decrete el hado,
el afecto idolatrado
de tan amable muger.

¡Venturoso quien de ella fuera amado!
¿Y aun dudas, vida mia? (*Asiéndole la mano.*)

Cec. Señor...

- Ces.* Dime,
¿el fuego de estos labios no se imprime?
(*Besándole la mano.*)
¿no vibra allá en tu alma?
- Ola.* Pues no tiene gran calma (*Ap. á Paca.*)
por cierto el general.
- Paca.* Esto es, chica, un carnaval. (*Ap. á Olalla.*)
- Ces.* ¿No te dignas, amor mio,
volver los ojos siquiera?
¿quién tan cruel te creyera!
una tarde... junto al río...
cuando en tí la vista fija...
- Ces.* ¡Oh Dios!
(*Vuelve la cara y reconoce á don Cesar.*)
- Ces.* Se velará luego
tu faz en carmíneo fuego:
¿conoces esta sortija?
- Cec.* ¡Ay de mí!
- Ces.* ¡Valor, hermosa!
todo dispuesto lo dejo.
- Paca.* ¡Carambola con el viejo! (*A Olalla.*)
- Ola.* Te asustas de poca cosa.
- Cec.* La sorpresa... Mas señor,
no entiendo qué pretendéis...
- Ces.* Pero pues de mí sabéis
que soy oficial de honor,
deponed todo recelo;
la suerte os quiere hacer mia.
No hay excusa. En este día
propicio tengo yo al cielo.
- Ola.* Con que Marte...
- Ces.* Sí, muchacha,
acertástelo en efecto;
sírvenme bien, y mi afecto...
- Ola.* ¿Quién había en esa facha
de suponer...?
- Ces.* No perdamos
este intervalo precioso.
Vuelva á tu pecho el reposo.
Crispulo, Cristóbal, vamos.

ESCENA XVIII.

DICHOS. CRÍSPULO *y otro* CRIADO *de capa dan una á*
DON CESAR, *y se retiran.*

Ces. ¿Me permites, alma mia, (*Poniéndose la capa.*)
dar fin á esta travesura?

Consiente... sí... de ventura
me colmas y de alegría...

Dame tu consentimiento
y nada hay ya que temer,
preciso es condescender.

Ola. ¡Tened, señorita, aliento!
Yo responderé por ella...

Cec. No. Mi confusion, mi llanto...

Ces. Bastan, sí, cese el quebranto.
¡Oh fortuna! ¡oh fausta estrella...!

Ten constancia, que los dos
seremos dichosos hoy;

á ver un sugeto voy

que me ayude... ¡A Dios!

(*Vase por la puerta de la calle. Cecilia y Ola-
lla se internan en la casa.*)

Cec. ¡A Dios!



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON FABIAN. (*Pensativo.*)

El vergel ameno.
el herboso bosque,
la ciudad activa,
¿qué son para el hombre
á quien la fortuna
esquiva sus dones?
¿Qué importa que lauros
sus sienas adornen,
que sabio le crean
necios ó doctores,
que hechiceras gracias
de sus labios broten,
si al fin humillado,
abatido y pobre,
amargo sustento
debe á los favores
de un protector fátuo
empleado ú noble?
¡Yo, á quien la natura
en sublime molde
fabricar le plugo,
instruido, jóven,
yo, pasar mi vida
cual reptil ignoble
postrado acatando
una inmensa mole
de ciencia indigesta
y de acres humores!

El rostro pintado,
espaldas enormes,
cintura de á legua...
¡Caigan maldiciones,
oh mundo perverso,
sobre quien te adore!
Al fin si Cecilia
esposa del conde
llega á ser un día,
de su rica dote
doña Cleta dueña,
no habrá quien estorbe
el santo consorcio
que á los dos nos colme
de dicha perenne;
á mí con doblones,
con tierras y yuntas,
caballos y coches;
á ella con mi ciencia,
mis finos amores,
mis continuas citas
de exóticos nombres...
¿Pero adónde vuelas,
pensamiento, adónde?
¿Aun no has sospechado
que hay misterio doble
en el general...?
Por cierto que entonces...
¡Ah necio de mí!
¡Qué tarde conoces,
triste, que son todas
meras ilusiones!
Ese hombre no es rico,
ni es tampoco conde;
farándula, engaño...
¿Y no habrá un resorte
que tocar pudiera...?
Ello prisa corre,
ó saber quién es,
ó impedir que logre

á cualquiera costa
burlarse de un hombre...
Alli Paca viene;
con buenas razones
veamos de ganarla.

ESCENA II.

D O N F A B I A N . P A C A .

Fab. ¡Qué vivos colores!
¡Qué cutis tan terso!
No así te abochornes,
preciosa Paquita,
ni quite á las flores
su beldad la tuya.
Espera... responde...

Paca. ¿Y á qué, señorito?

Fab. A varias preguntas.

Paca. ¡Cómo! ¿A todas juntas?

Fab. Yo no solicito
tanto requisito.
Me hizo, sí, reir
el verle salir, (*Riéndose afectadamente.*)
Paca, lo confieso,
tan jóven y tieso
en vez de sentir
peso con la edad.

Paca. No entiendo, señor...

Fab. ¡Miren qué candor! (*Con ironía.*)
¡franqueza! ¡lealtad!
Soy en la ciudad
harto conocido;
sé que habrán fingido
cualquier falsedad
las otras muchachas,
y que dos mil tachas
tal vez me pondrán.
Mas no lograrán
esas lenguas de hachas

que crédito des
á su humor risueño...

Lo hacen por empeño
como tú lo ves.

Porque el conde, que es
jóven aun lozano,
y mi íntimo amigo,
junto aqui conmigo
se presentó en vano
á pedir la mano
de la Cecilita.

Hizo su visita,
empero la tia
con tenaz porfia
se agravia, se irrita
si le hablan siquiera
de tal himeneo.

Yo, como deseo
¡y al cielo pluguiera
que lo consiguiera!
ver feliz, dichosa,
la huérfana amable,
y del hado instable
triunfar victoriosa,
quise una donosa
travesura hacer;
y asi disfrazado
le traje... cuidado
que nadie á saber...

Paca. Por mí no ha de ser.

Fab. Silencio completo.

Paca. Silencio os prometo.

Mas ya sabe Olalla,
aunque me lo calla,
tan grande secreto.

Fab. ¿Es posible? ¿Acaso...?

Paca. La niña tampoco,
ó yo entiendo poco,
ignora este paso;
pero no es del caso

que diga yo aquí...

Fab. Bien puedes á mí
hablar con franqueza.

Toma esa fineza. (*Le da una sortija.*)

Paca. ¡Señor...!

Fab. Toma. Así.

Con que al fin con arte
supo insinuar...

Paca. De que es militar
y se llama Marte.

Fab. Gracias debo darte ;
¡oh suerte! logro
cuanto ansiaba yo.

Paca. ¿Yo á mi señorita...?

Fab. ¡Silencio, Paquita!

Paca. No lo diré, no. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON FABIAN.

¡Cierto fue cuanto temia!
Pues señor... ¡Estamos buenos!
¡Oh edad lista! ¡Edad aguda,
en que aquel menos esperto
astucia puede enseñar
á los diablos del infierno!
Mas... no esclamemos en valde
en vez de buscar remedio. —
Esta es ya cosa formal;
asunto que en el imperio
deberá entrar de las leyes.
¿Qué fuera del triste pueblo,
del infeliz labrador,
si tribunales severos
no castigaran el fraude
en la frente del perverso?
Allige el alma la imagen
de la inocencia sufriendo.
¿Ni qué corazón bastara

á escuchar sin sentimiento
 de la cándida Cletita
 los doloridos acentos;
 á ver sus lágrimas tristes,
 á contemplar de su pecho
 los lastimeros sollozos...?
 ¡Ah! ¡no puedo mas! ¡fallezco!
 Mi sensible fantasía
 me pinta el crudo momento
 en que mi amiga infelice,
 víctima del desconsuelo,
 la rica herencia abandone
 á algun marido inesperto,
 jóven, sin virtud acaso...
 Mas alli viene... tratemos
 de recobrar el influjo...

ESCENA IV.

DON FABIAN. DOÑA CLETA.

Fab. Mi deidad, mi amor, mi cielo,
 siglos me han sido las horas
 que he pasado de usted lejos.

Cle. Vaya, señor don Fabian,
 que estais obsequioso y tierno.

Fab. Preparaos, aurora mia,
 á recibir un acerbo,
 un aleve y duro golpe...

Cle. ¡Cómo! — ¡Decid! — Que ya siento
 la enfiteusis derramarse
 por los antros de mi seno. —
 No me disimuleis cosa;
 pues á fé que estan mis nervios...
 No mas demora, Fabian,
 ni apeleis á esbatimentos.

Fab. Sosegaos, querubin,
 que aunque el mal pintaros pienso,
 no lo haré sin que á la vez
 sepa indicar el remedio.

Cle. Hablad...

Fab. Pues sabed, señora,
que ambos en error funesto
sumergidos nos hallamos;
que el general en efecto
no es don Romualdo el conde...

Cle. ¡Qué mediocre sortilegio!
Esplicad, señor, la frase.
Ser y no ser no comprendo
de combinarse posible.

Fab. Mas yo, mi amor, que os aprecio
con inaudita vehemencia,
yo, que á cada instante temo
que á perder á mi bien voy,
que acaso ya el hado adverso
decretara nuestra ausencia...
¡Horrible suerte!

Cle. ¿Y por eso
no es conde el conde, señor?
¿Es fantasma, es gas, ó es viento
que de voz y cuerpo goza?

Fab. ¡Ay, Cletita! Yo sospecho
que ese mismo personage
de blancas canas cubierto,
que aqui general se llama,
es bajo nombre supuesto
algun atrevido amante...

Cle. (Con intensa risa.)

¡Bien! ¡Très bien! Señor.— Muy bueno.
¡Bravo! ¡Bravo! ¡Chanza bella!
¿Con que en mórbido despecho,
cual fiera tigre de Hircania,
se halla usted? ¿Con que son celos?

Fab. No, bien mio; nunca pude
¡oh dulcísimo embeleso!
dudar ni por un instante...

Cle. ¿Cómo? ¿Pues qué yo pretendo
cual las vestales latinas
conservar un solo fuego
inapagable, perenne,

esclusivo y sempiterno?
 ¿Por qué yo, cual sol hermoso,
 luz del apócrifo cielo,
 no derramaré mi lumbré
 en las huestes de luceros
 que rendidos por mí oscilan?
 ¿Yo egoísta?

Fab. Nada menos
 que eso mi pecho sensible
 se inclinara á proponeros.
 No es de vos, ídolo mio...

Cle. ¡Chiste feraz y complejo! (*Con risa y orgullo.*)

Fab. Escuchad.— Doña Cecilia...

Cle. ¡Siempre con Cecilia á pleito! (*Súbita ira.*)
 ¿Cuántas veces, cuántas veces
 ¡hombre insipiente y cruento!
 os tengo dicho que nunca,
 ni por acaso ni sueño,
 de mi sobrina me habléis?
 ¿Háse visto tan intenso,
 tan afanoso capricho?

Fab. ¡Herid, herid este pecho
 que ciegamente os adora!
 Pero jamás instrumento
 seré yo de vuestro engaño.
 Ese mismo caballero,
 ese mismo general
 que se acoge á vuestro techo, (*Con recelo.*)
 es solamente un falsario.

Cle. ¡Poderes!

Fab. Esto supuesto,
 disimulad, os suplico,
 y protegéd mis proyectos.

Cle. ¿Y estais acaso seguro...?

Fab. Certísimo. Al punto vuelvo
 con algun juez competente.
 La tardanza...

Cle. Deteneos.
 Esprimidme el cómo y cuándo (*Con incredulidad*
 de ese arcánico misterio.

Que siendo tan sagaz yo,
 harto dubitable creo
 que deslumbrarme pudiera...

Fab. Mas señora...

Cle. No consiento
 si antes geoméricamente
 no me probais... ¡Yo os entiendo!
 A Cecilia estais amando,
 y al ver ya cerca el momento
 de sus nupcias... ¡Ah, Fabian! (*Llora.*)
 ¡Pero no...! ¡Triunfe mi sexo!

(*Con súbita energía.*)

Marchad, oxidado amante,
 que por mi nombre os prometo
 cuando venga el general
 esplicarle esos afectos;
 decirle que tendrá en vos
 un ayuda de himeneo.

Que habeis dicho... (*Llora amargamente.*)

Fab. Mi Cletita,
 por la facundia y el estro
 que al sensible Juan Jacobo
 concedió el célico Febo,
 escuchadme con templanza. (*Asiéndole la mano.*)
 No querais, mi amor, os ruego,
 comprometer á Fabian
 á desnudar el acero
 contra la espada del conde.
 ¡Qué dolor ¡sagrados cielos!
 mi corazon traspasara
 si homicida yo...! ¡Sin cuento
 se abran antes á mis pies...! (*Trémulo.*)
 Pero ¡quién llama? ¡qué es esto?

(*Llaman con campanillas.*)

Prometed, Cletita mia...

Cle. Lo que gusteis os prometo. (*Llorosa.*)

Fab. Observadle solamente.

ESCENA V.

DICHOS. DON CESAR *volviendo de la calle con capa como salió. Manifiesta desagrado al encontrar allí á doña Cleta.*

Ces. Señora, vuestros pies beso.

Cle. Conde, vuestra servidora. (*Llorosa.*)

Ces. ¿Cómo, señora...? ¿qué es eso?

Fab. ¡Que me perdeis! (*Aparte á doña Cleta.*)

Cle. Me devora... (*Vacilando.*)

una compresion, un peso.

Ces. Siempre á la literatura,
por eso he temido yo,
aja cualquier hermosura.

Cle. ¡Infeliz quien la abrazó
cual yo en edad prematura!

Aunque bien pronto advertí
que sus dulzuras hibleas
acibar me eran á mí;
porque al entrar las ideas
en la mente, bien así

Como al llenarse de viento
el interior de una nube,
hay concusion, moviviento,
el jugo gástrico sube
y se opone al pensamiento.

Rompen los gases su union;
la sangre al cerebro oprime;
y en medio esta confusion
la nueva idea se imprime,
mas cuesta una indigestion.

Ces. ¡Oh pintura peregrina!
¡Qué fluidez! ¡Qué claridad!
¡Me encanta una lengua fina!

Cle. Sí, la construccion latina
tiene esquisita beldad.

Ces. ¡Y la señora sobrina...?

Cle. En el estudio está ahora

de simonía moderna.

Cada dia va una hora,
que á ella le parece eterna.
La ciencia no la enamora.
Pero tengo, general,
que deciros...

Fab. (*Trémulo. Aparte á doña Cleta.*)

Por mi vida
sedme, Cletita, leal.

Cle. Que está Cecilia afligida;
y aunque con salud cabal,
la estimula un atentado
de incoherente artificio
que se nos ha revelado.

Ces. Tiene al través el juicio. (*Aparte.*)

Fab. (*Aparte á doña Cleta.*)
¡Por el cielo, objeto amado!

ESCENA VI.

*Fuertes campanillazos. Sale PACA á ver quién es,
y un criado de librea va á abrir.*

Cle. ¡Qué locuaz está la puerta!

Paca. No cesa ni un solo instante.

Cle. Mándala dejar abierta.

Paca. Sí, con tanto visitante
fuera la cosa mas cierta.

ESCENA VII.

DICHOS. ANTONIO.

Ces. (*Reconociendo á Antonio.*)

¡Aquí Antonio? ¡A Dios proyecto!

¡Ya el diablo se le llevó!

Ant. Con respetuoso afecto
cual heraldo vengo yo
del futuro esposo electo
á pedir á doña Cleta

Gonzalez y Villaderbas,
 Martin Perez de Reclata,
 Vargas, Ponce y otras yerbas...

Ces. ¡Aqui me lleva pateta!

Ant. Que se sirva permitir
 para besarle los pies
 al dicho esposo subir.

Cle. ¿Pero ese esposo quién es?

¿Pues no acabais de venir? (*A don Cesar.*)

Ces. (*Con risa afectada.*)

Es otro.— Pase adelante.

(*Hace una seña á Antonio, que se retira para avisar á su amo.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos ANTONIO.*

Ces. Yo á solas le explicaré... (*Misteriosamente.*)

Cle. (*Con desconfianza.*)

Don Fabian, por un instante.

Fab. Yo á un alcalde avisaré (*Aparte.*)
 que me asegure este amante.

ESCENA IX.

DON CESAR. DOÑA CLETA.

Ces. Pues ya es la verdad precisa,
 óigala usted sin recato,
 se morirá usted de risa;
 voy á darle un bello rato.
 Saliendo anteayer de misa

Me encontré ¡quién lo dijera!
 con mi antiguo camarada;
 servimos en la frontera
 juntos la guerra pasada,
 juntos siempre en la carrera.

Chiquininos los cordones
 nuestros padres nos echaron,

y en todos los escalones
que iguales fueran lograron
en ambos las promociones.

Es cosa muy singular.

Alféreces en un día,
también tenientes al par,
capitanes... ¡Vah! Sería
cosa larga de contar.

Pues... el bueno de Anacleto...
que así mi amigo se llama...
es bellissimo sugeto...

pero cerca de una dama
no hay demonio mas inquieto.

Me parecio, sin embargo,
justo y de buen proceder,
aunque por cierto es amargo,
dar á Anacleto á entender
que habiéndome ya hecho cargo
de que conviene á mi edad
y al sosiego de mi pecho
buscar la felicidad
bajo el doméstico techo
entre el amor y amistad,

 Mi boda estaba dispuesta
con la adorable Cecilia; —
cuando con gran risa y fiesta
dice: conde de Sicilia, (*Remedando otro viejo.*)
¿vamos á hacer una apuesta?

Si gustais, le contesté,
hagámosla y en buen hora,
— Pues cien doblones á que,
si mi clemencia no implora,
quitarle la novia sé.

— Apostados. Condiciones.

— Solo que me habeis de dar
exactas esplicaciones,
y vuestro nombre he de usar.

— Ahí estan mis cien doblones.

En efecto, nombre y casa
le dije cual caballero.

Esto es todo lo que pasa ;
si bien yo vine primero
temiendo mi suerte escasa.

Mas se acerca. Yo me oculto
para burlarle mejor.

Oirá vuestro idioma culto,
que es grande conocedor.

Al verme le da un insulto.

Cle. ¿Pero os vais...?

Ces. A prevenir
á mi adorada futura.

Mucho la va á hacer reir...

¡Chistosísima aventura!

¿Cómo de ella he de salir...? (*Aparte. Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA CLETA.

¡Qué deducida me deja

con el tal don Anacleto!

Y sin mas ni mas se aleja...

¡Este es plan! ¡y muy concreto!

No en valde Fabian se queja.

ESCENA XI.

DOÑA CLETA. EL CONDE DE SICILIA.

Con. Beso vuestros pies, señora.

Cle. Caballero, soy de usted.

Con. De perdonar mi demora,
señora, me hareis merced.

Mis quehaceres hasta ahora...

Cle. Reprimid la apología,
que ya os hallais disculpado.

Con. No menos me prometia
de vuestro obsequio.

Cle. Estremado
sois, señor, en cortesía.

Con. Vuestro semblante risueño
me la inspira, doña Cleta,
y ese mirar halagüeño.

Cle. Su esplicacion es discreta,
esto me parece un sueño.

Don Anacleto ha de ser
como dijo el general.
Sondearle es menester,
y mi analisis mental
mucho le dará que hacer.

Aparte.

¿Y venis, señor, dispuesto
á ofreceros á Cecilia
segun nuestro presupuesto?

Con. Nunca el conde de Sicilia
supo abandonar su puesto.

Lo dicho dicho se está
sin restricciones ni sisa.

Cle. Lo que fuere tronarás.

(Riéndose y con afectacion, como quien conoce los antecedentes.)

Vaya qué incómoda risa.
¿Sabe usted de qué será?

Con. No llegan, señora, á tanto
mi discrecion ni agudeza,
que ni soy brujo ni santo.

Cle. Para una buena cabeza
no hay misterio ni hay encanto.

Sé que estrictas condiciones,
para vos auriculares,
os colman de obligaciones;
y con números impares
pensais ganar cien doblones.

Con. Ó estoy chocho, ó sin sentido *(Aparte.)*
se encuentra esta buena anciana.

Cle. Creo que me habeis entendido,
si bien metáfora ufana
mis sospechas ha vestido.
¿He conjeturado mal...?

Con. Doña Cleta, yo confieso

(Entre confuso y risueño.)

palabra de general...

Cle. Mucho me gustais con eso. (*Riéndose.*)

¡Qué franqueza sin igual!

No es esta mala ocasion,
pues de acuerdo nos hallamos,
de hacer la retaliacion
si oportuno lo juzgamos.

¿Dais vuestra cooperacion?

Es decir, si convenis,
se burlará al de la apuesta...
sé que en contra de él venis.

¿Esta premisa supuesta,
decid, señor, consentis?

Con. Con mucho gusto. Por Dios (*Aparte.*)
que ni palabra la entiendo.

Cle. Pues vereis entre los dos
¡qué chascazo tan tremendo
damos á quien sabeis vos!

Hemos de volverle loco.
Sí, que á ingenio yo le reto,
no triunfará su descoco.

Vos, señor don Anacleto,
habreis de ayudarme un poco.

Con. ¡Don Anacleto me llama! (*Aparte.*)
Está dada á Barrabás.

Por Dios, escuchad, madama.

Cle. No es menester hablar mas.

ESCENA XII.

DICHOS. OLALLA.

Ola. Señora, á la puerta llama,
y vénia pide y licencia,
sino lo llevais á mal,
para hablaros su escelencia
don Romualdo el general.

Cle. ¿Quién dices que pide audiencia?

Con. ¡Cómo permiso! ¿quién, yo?
¿desbarra toda esta gente?

Cle. ¡Mi saber se derrumbó!

Ola. También es señor de lente
el que la vénia pidió.

Con. ¡Qué he de pedir si ya aquí
dos horas hace que estoy!

¿Se trata á un anciano así?

¿no he de saber yo quién soy?

Ola. Mas no me culpeis á mí;
que aun se encuentra en el portal
como mensagero un hombre,
muy petimetre y marcial,
pidiendo que anuncie el nombre
del invicto general.

Con. ¿Y quién se atreve ¡por Cristo!

(*Empuñando la espada.*)

con mi nombre así á venir?

Pues mándole que ande listo,

que caro le ha de salir

aunque fuera el papa Sixto.

Dejad entrar al falsario.

Aquí yo me ocultaré,

y en su pecho temerario

mas estocadas daré

que cruces tiene un calvario.

ESCENA XIII.

DOÑA CLETA.

Cle. ¡Qué paradoja banal!

la epidermis se me enfría,

mis ojos son un raudal.

¡Ay triste del que confía

en la potencia mental!

ESCENA XIV.

DOÑA CLETA. ROMEO.

Rom. El caudillo valeroso,

conde de Uceda y Sicilia,
le suplica respetuoso
á la tia de Cecilia,
como prometido esposo,
se digne darle permiso
para ponerse á sus pies.

Cle. ¡Qué insólito compromiso! (*Aparte.*)
Ya este general son tres.
Tengo el criterio indeciso.
Contestad al campeon
se sirva hacerse presente.

ESCENA XV.

DOÑA CLETA.

Cle. ¡Qué dédalo y confusion
tan mista y tan afluente!

ESCENA XVI.

DON CARLOS. DOÑA CLETA, ROMEO.

Car. Yo celebro esta ocasion,
señora, en que os saludar,
y ofreceros mi-respeto.

Cle. Mil gracias os debo dar;
mas permitidme el objeto
de esta visita indagar.

Car. Vuestra carta me ha traido
en alas de la esperanza,
amante favorecido,
que de Cecilita alcanza
el honor de ser marido.

Cle. ¿Y sois vos el caballero...?

Car. Soy el conde de Sicilia.

Cle. Otros vinieron primero
tambien buscando á Cecilia.

Vos sois el conde tercero.

Car. Mas... ¿cómo...?

ESCENA XVII.

DOÑA CLETA. DON CARLOS. ROMEO. EL CONDE.

Car. Pon fin llegó
antes que yo presumia
mi padre aquí...

Con. ¿Por qué no
(*Mirándole de arriba á bajo con los brazos cru-*
zados.)

sigue usted su algarabía?

Decid que yo no soy yo.

¿Usted sabe lo que ha hecho?

Cle. ¿Se volvió este conde gas!

Car. La contrición de mi pecho...

(*Con menos temor que ironía.*)

Con. ¡Calle el fátuo, no hable mas,

y no aumente mi despecho!

Si me impacienta esta hazaña

es por verte tan menguado

¡que en amorosa campaña,

hijo tú de un buen soldado,

no tengas para entrar maña!

¡Me avergüenzo, voto al cielo,

de ver que eres hijo mio!

que yo con mis años vuelo;

nada se opone á mi brio,

mis pies no tocan al suelo.

Cle. ¡Me cuesta una enfermedad! (*Aparte.*)

Con. Jamas rival conocí

durante mi mocedad.

¿Qué respondes? ¡vamos! ¡di!

ESCENA XVIII.

DICHOS. DON FABIAN. MAGISTRADO.

Fab. Al falsario asegurad.

Mag. De parte del rey al punto

(*Dirigiéndose á don Carlos.*)

el general don Romualdo
se entregue preso.

Cle. Consunto (*Falta de respiracion.*)
siento el corazon y jaldo.

¡Qué complicacion de asunto!

Con. ¿Que preso me entregue yo? (*Al magistrado.*)

Mag. Señor conde, perdonad, (*Reconociéndole.*)
este jóven se engañó. (*Señalando á don Fabian.*)

Cle. ¡Cielos! ¿otra novedad?

Mag. Dijo, que se presentó
con dolo y capciosamente,
á esta señora, algun hombre,
revestido falsamente
de vuestro título y nombre;
y como yo, cabalmente,
de conoceros tenia
el gusto al par y el honor,
vine á ver quién se atrevia
asi á ofenderos, señor.

Con. ¡Insensatez! ¡fruslería! (*Riéndose.*)

Aquietaos, señor alcalde.

Este mostrenco sería; (*Señalando á su hijo.*)
aunque como veis, en valde
salió su galantería.

Que me precio de advertido,
y muy astuto será
el que me quite mi nido.

Usted ya concederá (*A doña Clela.*)
que salude su marido
á Cecilita la bella.

Cle. Yo, caballero, no sé
en medio de esta querella...
¡estoy trastornada á fé!

Con. No os haga una broma mella.

Cle. Poco á poco, con cordura (*Al conde.*)
proceda usted cual discreto;
perdone mi conjetura:

¿no es usted don Anacleto?

Con. ¡Qué Anacleto ni locura!
soy el destinado esposo

de su sobrina de usted;
 y sino fuere enojoso
 que le preste conceded
 mi homenaje respetoso.

Cle. Llamadla.— ¡Pecho sensible,
 qué germinacion te agita!
 ¡toda soy un combustible!

ESCENA XIX.

DICHOS. DOÑA CECILIA. CELIA.

Cle. Apróchate, Cecilita:
 ¡ven, huérfana indefinible!
 Aconséjame te pido,
 en tan grande confusion,
 ¿quién ha de ser tu marido?

Cec. Siempre yo mi inclinacion
 por mi obediencia he regido.

ESCENA XX.

DICHOS. P A C A.

Paca. Vénia para entrar pretende,
 á ver á doña Cecilia,
 si su tia condesciende,
 don Romualdo de Sicilia,
 el general, ya se entiende.

Con. ¡Cómo! ¿quién?

Car. ¡Qué algarabía!

Mag. ¡Pues es cosa original!

Ola. Confiemos todavía. (*A doña Cecilia.*)

Cle. ¡Cielos! ¡cuánto general!

¡si esto parece una guia!

ESCENA XXI.

DICHOS. DON CESAR, *ya muy aligerado el disfraz.*

Con. ¡Hola, señor comandante! (*A don Cesar.*)

¿quién aquí cartas os da?

Ces. Yo me presento al instante
adonde mi gefe va.

Car. ¡Es militar muy constante!

Ces. Además, derechos tengo
á la mano de esta niña,
y á justificarlos vengo.

Fab. Ya finalizó mi viña. (*Aparte.*)

Con. ¿Qué hago yo que no me vengo?
¿con que los dos á la par...?

Car. Tuvimos la misma idea,
y os quisimos despojar
de vuestra rica presea.

Con. ¡Y esto sufre un militar!

Car. Perdonad mi atrevimiento.
Y perdonad su artificio.

Con. ¡Pues debes tú estar contento! (*Con ironía.*)

Car. La amistad, el sacrificio
pide del resentimiento.

Con. ¿Y fuera bueno encender (*Como para sí.*)
á mi edad la nupcial tea,
cuando ya se deja ver
mi ayudante en la pelea...?
¿no fuera mejor ceder...?

Cle. ¿Y entre tantos generales,
¡ábrete, suelo piadoso,
y pon término á mis males!
cuál es el electo esposo?
¡Oh Licurgo! ¡oh Plinio! ¡oh Thales!

Mag. Cumplir mi doble mision
pienso que me toca ahora;
yo traje la comision
cuando aqui vine, señora,
de ofrecer mi intercesion

En favor de Cecilita;
y pues ya no es un arcano,
este jóven solicita (*Señalando á don Cesar.*)
que le concedais su mano.

Cle. ¡Apolo no lo permita!
¿mi sobrina darle á él?

Mag. Pues la depositaremos;
que es al fin un coronel.

Car. ¿Sabe usted, padre, que hacemos
brillantísimo papel?

Con. Hijo mio, no hay remedio,
haber andado mas listo.
Señora, pues que no hay medio,
yo por los novios me alisto,
cesen las riñas y el tedio.

Fab. ¿Y qué haré yo, desdichado?
De ningun modo, Cletita. (*Ap. á doña Cleta.*)

Con. ¿Este niño almibarado (*A don Carlos.*)
es de la casa visita?

Car. Lo ignoro.

Cle. Harto agotado
ya teneis mi sufrimiento.
Mirad á qué compromiso
me ha postrado vuestro invento:
teneis, señor, mi permiso
para partir al momento.

Fab. ¿Es posible? ¿ni esperanza...?
¡oh malhadada pasion!

Cle. Ya ese lenguaje no alcanza
á escitar mi compasion.

Fab. (*Ap.*) Pues tiembla de mi venganza. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

TODOS, *menos* DON FABIAN.

Cle. Sed á Cecilia leal; (*A don Cesar.*)
sé corona de tu esposo; (*A doña Cecilia.*)
dad gracias al general,
que os concedió generoso

;

su proteccion liberal.

Felices la edad madura
os encuentre enamorados;
epítome de fé pura,
modelo de desposados,
y arcas de literatura.

Pero en medio del contento,
del placer y la instruccion,
no olvidemos ni un momento
que es un puro corazon
el mas fino sentimiento.

FIN.